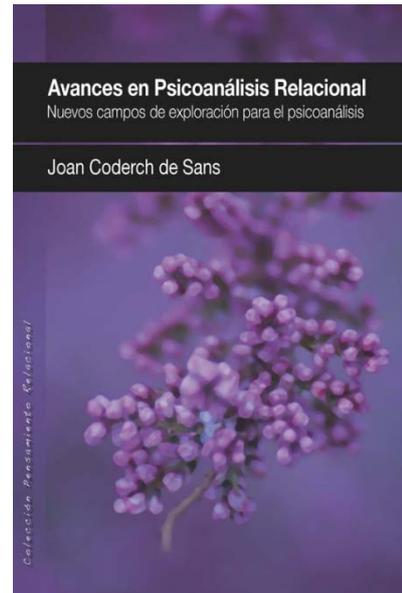


Avances en Psicoanálisis Relacional
Nuevos campos de exploración
para el psicoanálisis

Joan Coderch de Sans

Madrid: Ágora Relacional.
Colección pensamiento relacional.

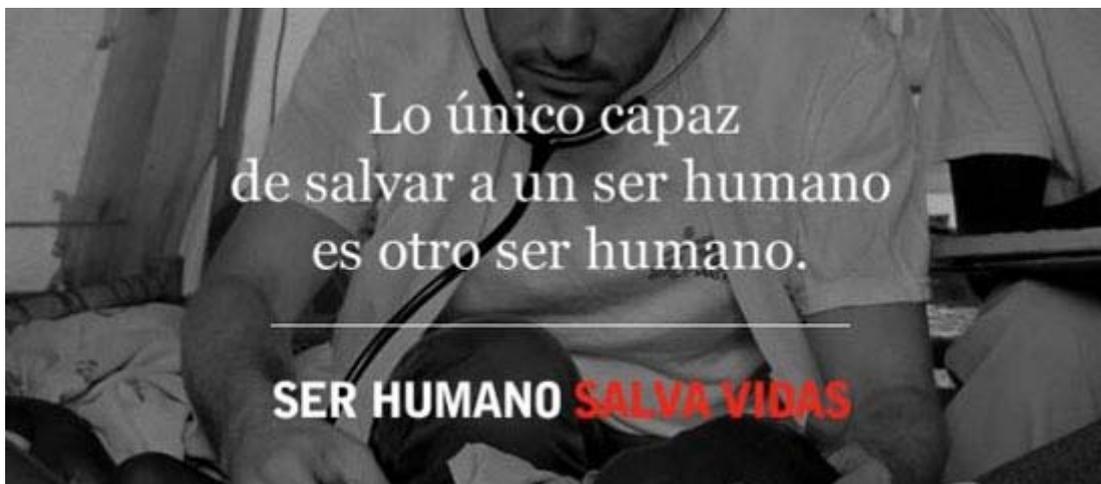
Original de 2014



Reseña de Francesc Sáinz

Reflexiones a propósito del libro (Presentación en la SEP, Barcelona 2 de Octubre de 2014)

El eslogan de la última campaña de sensibilización de médicos sin fronteras dice:



Ser humano salva vidas. Escuchar el sufrimiento de otra persona, tratar de entenderlo y procurar mitigarlo, es la base de la solidaridad entre humanos.

“Homo sum, humani nihil a me alienum puto”,

Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno. Terencio

“Nullum hominem a me alienum puto”;

soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño. Unamuno.

Podemos decir que el psicoanálisis relacional que nos trae el libro de Coderch, está

asentado en estos mismos cimientos. Nos aproximamos al paciente con nuestros capacidades cognitivas e intelectuales, como psicoanalistas, podemos decir, con nuestro conocimiento, pero estamos con él en tanto somos personas capaces de establecer vínculos, con nuestras experiencias subjetivas y con nuestra capacidad de sentirnos humanos.

En el trabajo analítico tratamos de conocer al desconocido que sufre (Orange, 2011)¹. La empatía se produce cuando el malestar del otro resuena en nuestro propio self, por eso la empatía más auténtica se produce cuando podemos captar experiencias de otras personas que se parecen poco a las nuestras.

El humano puede infringir dolor a los otros seres humanos. La relación humana y los vínculos afectivos pueden ser generadores de malestar y sufrimiento. Las malas experiencias en la infancia dentro de la familia, representan las bases relacionales y vivenciales de la psicopatología. Pero los vínculos afectivos consistentes y seguros, el intercambio entre los adultos cuidadores y el infante, la capacidad para facilitar y proveer al niño de experiencias transicionales, de juego, usando la terminología de Winnicott, representan las bases para tener una suficientemente buena salud mental.

El ser humano siempre está en relación con otro ser humano. Da y recibe al mismo tiempo, depende y dependen de él.

El filósofo Rousseau dice: “L'homme naît bon, c'est la société qui le corrompt”. El ser humano puede ser bueno o malo, pero depende sustancialmente de sus experiencias y vivencias relacionales para constituirse como sujeto. Es decir sea lo que sea, no se hace solo a sí mismo.

Para los psicoanalistas “profundos” esto es ambientalista y banal; para los relacionales, tratar de entender estos fenómenos relacionales, es la base de su trabajo.

No estudiamos instintos aislados, estudiamos relaciones, las especificidades de cada relación humana, única e irrepetible. El humano tiene que adaptarse a la realidad que le toca, incluyendo las capacidades reales de los progenitores o de las personas que harán la función de cuidar.

Podemos decir que no sobrevive el más fuerte, sino el que se adapta mejor. Los intentos adaptativos son indicativos del funcionamiento mental y emocional del individuo.

Coderch, en su libro, dice que para hacerlo, el humano-infante hará lo que haga falta, incluso sacrificando aspectos de sí mismo. Nombra a Fairbairn para apoyar este argumento y añade que de la misma forma que el adulto cuidador tiene que querer al niño, también el niño necesitará a un adulto que se deje querer por él. En el caso de vivir una experiencia real mala, el niño estará dispuesto a tragar el mal objeto con tal de proteger al objeto externo porque lo necesita y tal vez porque le quiere.

El niño tiene una imperiosa necesidad de ser cuidado y querido, necesita establecer vínculo (apego) con alguien básico que cuidará de él: citará entonces a Bowlby.

Tal vez a Klein le hubiera ido bien leer a Fairbairn y a Bowlby con más atención o mejor, leer a Coderch si hubieran coincidido en el tiempo, hubiera entendido mejor que no solo se proyecta la pulsión destructiva en el otro, sino que se puede preservar al otro de la

destrucción propia, por necesidad y por amor.

Otro filósofo que también suele tener razón es Hobbes cuando dice que el hombre es un lobo para el hombre. Lo que no dice es que los lobos siendo lobos para ellos mismos también se cuidan y se protegen, incluso cuidan de humanos salvajes, según el mito del pequeño salvaje.

Lo que está claro es que la competitividad y la solidaridad entre personas ha estado presente desde el origen de la humanidad y no es un tema resuelto, pero para entenderlas hace falta ir más allá de las pulsiones.

Los psicoanalistas, desde Freud, se interesaron por la infancia, las vivencias y las consecuencias positivas y negativas que todo esto tendría para la vida de la persona.

Freud creyó que lo vivido se queda en el interior de la persona y nos acompaña durante toda la vida allá donde vayamos y tenemos tendencia a volverlo a vivir con los próximos viajeros que nos vayamos encontrando por la vida. Incluso podemos escoger un tipo de compañeros de viaje, según como nos haya ido el pasado. La transferencia sin duda es un concepto que proviene de la genialidad de Freud.

La relacionalidad ha estado siempre presente en el psicoanálisis desde Freud). Tizón, por ejemplo, escribió un libro en 1982 titulado “Apuntes para una psicología basada en la relación” en el que explicaba las bases conceptuales del psicoanálisis y ya apuntaba hacia lo relacional. Hoy el Psicoanálisis Relacional (PR) tiene una entidad definida. El paradigma relacional, aunque tiene una identidad plural, variada y multi-autorial, es una forma estructurada y diferenciada de entender la construcción de la persona, las relaciones, los vínculos, la subjetividad y de la cual se derivan unas líneas de trabajo terapéutico. No es mejor ni peor que otros enfoques, pero sí representa una concepción paradigmática del psicoanálisis, tanto desde el punto de vista teórico como práctico. Lo relacional está presente en todo el psicoanálisis, pero tenerlo en cuenta no es lo mismo que trabajar desde la perspectiva del PR. Tiene puntos en común, pero no son lo mismo.

Hay unas diferencias importantes en la manera de concebir el dolor y el sufrimiento entre el psicoanálisis clásico, también la escuela conocida con el nombre de “las relaciones objetales” y la relacional, y como consecuencia natural, una forma diferente de tratar a los pacientes.

Coderch nos enseña en su libro las teorías, las prácticas, los orígenes argumentales y los pensamientos que conforman el cuerpo que llamamos PR. Al mismo tiempo nuestro autor nos evidencia un aspecto en común entre los psicoanalistas que nos diferencia de otras formas de tratamientos existentes en el mercado actual de la salud mental y nos alerta de forma clara y consistente del peligro de usar la ciencia como un baluarte del poder y pedestal del reduccionismo.

“Hace falta abandonar el objetivo de la ciencia cuando pretende reducir los fenómenos a sus componentes básicos para así llegar al máximo grado de simplificación y creer que de esta forma todo se puede explicar con conceptos seguros, leyes no refutadas de manera simple y elegante” (p. 238)

Propone el dialogo con las neurociencias porque el enriquecimiento entre ellas y el

psicoanálisis es mutuo. No se puede mantener, como dice Tobeña en “Pildoras o Freud”, que no es necesario el modelo biopsicosocial, que todo es biológico. Hoy sabemos que las experiencias relaciones y las vivencias configuran el cerebro. La falta de empatía puede comportar un mal funcionamiento de la amígdala cerebral, pero el funcionamiento de ésta puede interrumpirse por la escasa empatía del entorno.

Déjenme citar a Serrat cuando dice: “A fuerza de desventuras su alma es profunda y oscura”. El cerebro se queda afectado profundamente cuando han sucedido excesivas desventuras. “Des-oscorecerlo” solo puede hacerse a través de la relación y del vínculo, y no siempre es posible.

El autor afirma que tenemos que aceptar la complejidad del ser humano. Somos tan complejos que una sola disciplina, y yo añadiría o un solo punto de vista, no puede ocuparse de la comprensión total del humano. En realidad la comprensión total de los fenómenos humanos y de la vida no es posible para nadie. Es necesario evitar los reduccionismos y la tendencia a creer en la verdad. El mundo universitario debería escuchar a Coderch, pero la velocidad a la que avanza me hace temer que no tendrá tiempo para pararse un momento a pensar. En vez de buscar verdades, debería propiciar las reflexiones y por eso debería aceptar la subjetividad como inherente a la condición humana.

Somos subjetivos y toda subjetividad siempre es intersubjetiva. Coderch dedica un capítulo, el primero del libro, a las emociones que parecen superfluas e innecesarias, pero que cuando tenemos una visión humanista del psicoanálisis se convierten en imprescindibles. Las emociones diarias, las conexiones emocionales, como dice Riera,ⁱⁱ que tienen lugar en la familia, el compartir sentimientos tratando de entender al otro, nos explica muchas cosas. A veces no se dan y nadie las reclama porque nunca han existido.

Coderch reclama y proclama una PR humanista y rescata a Fromm, por algunos considerado más social y humanista que psicoanalista y que para Coderch y para muchos de nosotros, sin humanismo y reconocimiento de aquello externo, el tratamiento psicoanalítico corre el riesgo de convertirse en una experiencia dogmática y unilateral.

Los buenos analistas de cualquier escuela se han ocupado de estas emociones modestas y sencillas y en muchas ocasiones han podido conversar con sus pacientes, sin interpretar, tratando de entender. Pero esto no se acostumbra a decir en los escritos ni en los congresos. Suena poco profundo.

Nuestro trabajo es facilitar al paciente que pueda sentir su ser, pueda expresar sus sentimientos, los pueda pensar y en algunos casos comprenderlos, esto es posible ayudándole a comprender su mundo experiencial y relacional en el que ha vivido y vive en la actualidad.

La comprensión se construye entre el paciente y el terapeuta y siempre tiene sus límites, como nos enseñó Winnicott, cuando decía que a menudo interpretaba para que el paciente viera los límites de su comprensión, la del analista y así también la propia.

Para PR, el analista no es un oráculo, ni una esfinge, ni siquiera es anónimo ni neutral, aunque teniendo asimetría con su paciente, se dará como una persona con un mundo

experiencial propio y dejará ver al paciente su manera particular de sentir y pensar, su subjetividad.

Tratará de que se den las circunstancias adecuadas para que el paciente pueda experimentar la transferencia con su analista, pero no creará que ésta depende solo del paciente, de su mundo interno y de su pasado. El propio analista es generador con implicación directa de algunas de las emociones y sentimientos que vivirá el paciente. Se tendrá que hablar y será necesario reconocerlo.

En la PR, el analista no cree que su actividad principal sea la interpretación, ni tampoco que el cambio psíquico dependa del “insight” derivado de la interpretación, incluyendo la interpretación transferencial, sino que la ayuda terapéutica tiene que ver con la propuesta de investigar juntos, los sentimientos, las emociones, las dinámicas relacionales del pasado y del presente y, por encima de todo, el trabajo terapéutico tendrá que edificar sus cimientos en la confección de un vínculo afectivo entre sus dos componentes.

Uno de los objetivos de la psicoterapia analítica y el psicoanálisis es que el paciente pueda ejercitar la mentalización (Fonagy, Bateman...) Coderch dedica un capítulo a ello, pp 111-137. La mentalización es posible cuando ha habido la experiencia de un vínculo seguro. El niño puede entonces sentir sus emociones y sentimientos y entenderlos suficientemente. Puede atarlos con su realidad, con sus experiencias. El vínculo afectivo es promotor de las experiencias transicionales y a la inversa. Lo contrario genera pensamiento concreto que está a la base de una gran parte de la psicopatología.

Estas experiencias transicionales permiten simbolizar, y por tanto mentalizar, las vivencias. El vínculo seguro tiene lugar porque hay empatía hacia el niño y sus necesidades. La empatía es promotora de la capacidad de sentir culpa i por lo tanto facilita la capacidad de reparar cuando uno cree que ha hecho daño.

Freud toma prestada la idea de Leonardo de pasar de “la vía di porre” de la pintura con la que el analista pone los elementos en la mente del paciente, a “la via di levare” donde es el paciente quien desgrana lo que tiene en su cabeza, ayudado por el terapeuta. Los analistas acostumbramos a pintar demasiados trazos en la psique de los pacientes. Podemos intentar ir a otra vía de trabajo, aquella que es construida entre los dos integrantes, aquella que le gustaba a Sullivan cuando decía que los analistas eran inevitablemente observadores participantes, la vía de la creación, que para seguir con la lengua italiana, diríamos “La via di crearé”. Para Winnicott, la creatividad tenía que ver directamente con el juego. El analista facilita que el paciente pueda jugar, pero solo puede hacerlo si él también es capaz de hacerlo. El terapeuta muestra al paciente su juego, le permite participar de sus pensamientos, incluso le pide ayuda para poder ayudarle mejor.

Coderch y sus compañeros que le acompañan en el libro, nos argumentan el por qué hay un cuerpo de la PR que no está organizado por un autor. No es, por lo tanto, una escuela de autor, sino el trabajo de muchos pensamientos y escuelas que tienen en común determinadas formas de pensar, de trabajar y de entender el psicoanálisis. Que no es una lucha entre antiguos y modernos, ya que en muchos autores antiguos residen las bases del pensamiento que ahora llamaríamos Relacional. Vemos lo que dice Daurella en

el libro que nos ocupa de Ferenczi de Wiesbaden 1932 al Fonagy de Río de Janeiro 2005.

La nomenclatura de PR se da en los EEUU antes de iniciar el nuevo milenio. Engloba muchas tradiciones y autores, antiguos y ahora modernos, lo cual abre puertas nuevas, menos personalistas como es propio de las escuelas con nombre de autor.

De la mano de Coderch, podemos visitar a Ferenczi, reconocido como maestro de los maestros relacionales, a los ya clásicos como el grupo independiente británico Fairbairn, Winnicott, Bowlby, Balint y Kohut, que como nuestro autor hizo un cambio paradigmático. Los actuales como el grupo de Boston, los intersubjetivos norteamericanos y también es de agradecer el reconocimiento que hace el autor a los profesionales de nuestra casa de Madrid y Barcelona de los cuales muchos os encontráis hoy aquí, yo mismo me siento orgulloso de formar parte y de participar hoy en este acto.

Para entender la PR, es necesario compararla con el psicoanálisis clásico, o le podemos llamar institucional predominante en la IPA, aquella que fija las normas para formar a los analistas de todo el mundo.

En este sentido la PR puede o podría mover los cimientos de las normas psicoanalíticas dominantes. El número de sesiones no hace falta que sean 4 ó 5, quizá de frecuencia semanal (alguien ya estará pensando que esto no es PS), pero quiero dejar claro que hacer una sesión semanal no solo es una rebaja en el ideal psicoanalítico como si fuera un consuelo: En muchos casos es una indicación correcta (cap 2). Hacer 4 ó 5 sesiones no es una bondad en sí misma, incluso puede ser contraproducente. La interpretación, como he dicho, no es el elemento fundamental ni siquiera necesario. La forma de entender las resistencias, ni las defensas, la reacción terapéutica negativa, ya no depende de la pulsión de la muerte, ni tampoco de la compulsión a la repetición. La agresividad se convierte en destructividad cuando los cuidadores no pueden entenderla como una expresión de vida, no saben qué hacer con ella, la sobredimensionan o la potencian.

Ni la neutralidad ni la unilateralidad del analista es necesaria. Entre otras cosas porque es imposible ser neutral. El reconocimiento al paciente de los fallos del analista como dijo Ferenczi y extendió Winnicott, se convertirá en una herramienta imprescindible de trabajo.

Para el psicoanálisis, digamos ahora clásico: Coderch, pag.99. Se da por sentado lo siguiente: "... El conflicto fundamental presente en el niño/paciente reside en la falta de reconocimiento del objeto primario y de su dependencia del mismo, así como en la no aceptación de la pareja paterna de la que el niño se encuentra excluido. ... Se cree, que el paciente repetirá este conflicto con el analista... se rebelará contra esa dependencia con celos, envidia, ataque a la pareja paterna en cópula creadora que él siente en la mente del analista " (p.99).

En consecuencia, se necesitará interpretar al paciente todas estas tendencias para que las pueda elaborar y resolver. Para la PR, lo que hace falta es comprender que el infante tiene la realidad que le ha tocado, él forma parte activa de la misma, pero para sobrevivir tendrá que adaptarse. Es la capacidad de adaptarse los unos con los otros lo que hace

posible la vida, pero ésta nunca es fácil y siempre se paga algún precio.

La PR no significa dar la razón al paciente, pero tampoco presuponer o sospechar que no la tiene nunca. Significa ayudarlo a investigar juntos, trabajar juntos, si el paciente se va cohesionando, para seguir con la terminología de Kohut, se podrá hacer cargo de sus partes disociadas, agresivas e incluso destructivas.

Pero tenemos limitaciones. Muchos pacientes han estructurado una personalidad blindada, difícil de indagar, difícil de mentalizar. Las experiencias traumáticas entendidas en un sentido amplio han interrumpido la capacidad para la función reflexiva y la mentalización; el pensamiento concreto es el único pensamiento posible. Compartimos así los profesionales de la salud mental la dificultad de trabajar con los trastornos de personalidad o con aquellas áreas de la personalidad que se quedan inmóviles.

El libro de Coderch es fruto de una investigación exhaustiva, reflexiva, argumental y razonada. Apoyada en la filosofía, la epistemología; en contacto directo con las ciencias naturales y como no podría ser de otra manera, está lleno de experiencias clínicas con un enorme respeto por el patrimonio intelectual antiguo y a la vez marcado de una absoluta actualidad. Coderch se acompaña de otros compañeros que completan con sus capítulos la cualidad final del libro. Angels Codosero con el pensamiento implícito y explícito y con una mirada nueva hacia los sueños. Rodríguez Sutil con su aportación de lo que él dice la técnica en PR. Neri Daurella mostrando su recorrido por la PR. Rosario Castaño, con aires winnicottianos entendiendo la psicoterapia como un espacio de juego y de experiencia íntima. La entrada del libro la da el cuidado prólogo de Rosa Velasco que desde la primera página pone en marcha el motor relacional y muestra los trazos por los que irá transitando el lector a lo largo de su lectura.

Considero que Coderch es nuestro Mitchell, mejorado (Mitchell murió muy joven). Su estilo fluido, su prosa delicada, la inmensa documentación que aporta, siempre tamizada por su elaboración propia y posicionamiento. La generosidad de leer, trabajar y elaborar la complejidad para hacerla más asequible a sus lectores denota tener una gran capacidad de procesar, transmitir y elaborar el conocimiento. Claro que Joan tiene la suerte, como decía Bofill, de poseer una personalidad didáctica además de una nítida claridad de pensamiento, como bien recuerda Velasco en el prólogo.

Quiero destacar por encima de todo un aspecto muy significativo del autor. Los que conocemos a Joan Coderch desde hace unas décadas hemos podido ver la evolución que han tenido sus ideas gracias a sus escritos y a sus manifestaciones verbales en clases y jornadas. Algunos pueden pensar que Coderch ha retrocedido, que se ha bajado del auténtico psicoanálisis. Para otros, entre los que me incluyo, Coderch ha evolucionado muy bien y la PR y los que nos sentimos formando parte, tenemos la suerte de tener a un autor plural e imprescindible y que hace tanto trabajo para acercarlo a todos los que estén interesados.

La trayectoria de Coderch hizo un cambio epistemológico en el 2001 cuando escribió el libro "La Relación paciente analista", que es seguido unos años más tarde (2006) por el libro "Pluralidad y dialogo en psicoanálisis" y en los años posteriores, 2010, 2012 y ahora 2014 nos ha entregado una trilogía importantísima que es un auténtico legado para la PR

(los tres publicados por Ágora Relacional).

Lo más destacable de todo es que Joan nos hace participar de su trayectoria, ha abierto su mente, ha perdido cierto pudor, ha ganado en libertad de pensamiento y no tiene miedo a decirnos que hace 18 años cuando hizo un viaje a Grecia no se dio cuenta de la hospitalidad, amabilidad y generosidad que tenían los griegos, que es ahora cuando podía hacerlo a partir de un episodio que le pasó a él y a su familia y que explica en el libro que nos ocupa. Coderch nos dice, humilde y sentido, que los griegos no habían cambiado sino que es el quien lo ha hecho. Ahora puede ser más receptivo a estas sencillas emociones, pensamientos pequeños pero que son imprescindibles para transitar por la vida.

El ejemplo de Coderch nos enseña que hacerse mayor a veces ayuda a hacerse más sabio. Cuando aumenta la flexibilidad se abre camino la capacidad para jugar y así, dándole de nuevo la razón a Winnicott, podemos decir que en la capacidad para jugar reside la capacidad para amar.

Sugiero que este libro de Coderch, junto con los dos anteriores, pueda ser traducido al inglés. Si bien existe abundante bibliografía sobre PR, los libros de Coderch son una base sólida e imprescindible para todos aquellos que trabajan en la PR y aquellos que estén interesados en el tema.

Francesc Sáinz

Barcelona SEP 2 de Octubre de 2014.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Sáinz, F. (2015). Reseña de la obra de J. Coderch: "Avances en Psicoanálisis Relacional". *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (1):312-319. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

ⁱ Orange, D.M (2011). *El desconocido que sufre. Hermenéutica para la Práctica Clínica Cotidiana*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

ⁱⁱ Riera, R (2010). *La conexión emocional*. Barcelona: Octaedro